

vil como una estatua, contemplando embelesados y llenos de admiración una cabeza majestuosa, en la que podíamos contar las puntas. Su cuerpo era esbelto y ligero. Tras breves instantes, el ciervo se dirigió lenta y pausadamente hacia la espesura, con la dignidad y soberbia de un soberano que penetra en su palacio.»

El Marqués de Cherville refiere en estos ó parecidos términos la admiración y encanto de una visión; y canta lleno de entusiasmo venatorio la necesidad de la conservación del ciervo en los bosques.

El poeta y el artista no pueden imaginar un bosque

misterioso, lleno de encanto, si no lo pueblan pájaros y venados. Las aves cantan deliciosamente en las enramadas, brincando de rama en rama, y los ciervos y gamos correatan por el bosque dando animación y vida á sitios solitarios.

¡Cuántas poesías encierra la literatura de todos los países, en que los huéspedes habitantes de los bosques saltan por entre los riscos, cortan con su afilado diente los tallos de los arbustos, y se miran en las fuentes y arroyuelos!

Algunos agrónomos, predicando en nombre de los



Los ciervos en enero

intereses agrícolas, piden que se extinga y destruya la familia de los cervidos, que dicen es gravosa y perjudicial.

No seamos tan utilitarios y materialistas. ¿Qué es la vida sin la poesía, sin el embeleso que producen estas cacerías llenas de emociones, en que se corren venados con grande algazara y estrépito?

El ciervo es el hijo de los grandes y umbrosos bosques, de las profundas soledades do el hombre se dirige para recogerse, soñar, distraerse y remozarse.

Bajo el punto de vista utilitario para los pueblos, las comarcas donde hay el movimiento y vida de las grandes cacerías recogen mayores utilidades que otros puntos más sosegados y tranquilos.

Uno de los aspectos por que merece alabanza la caza de fuerza es porque contribuye mucho á la producción

y entretenimiento del caballo de caza, enlazado con el de guerra, y adiestra á la juventud en los ejercicios de ligereza y gimnasia, saltando fosos, barreras y precipicios.

II

Á muchos lectores les será quizás indiferente saber el nombre en latín y griego, alemán, francés é inglés, del ciervo. Lo más interesante es saber que existen diez especies de ciervos.

Empecemos por el venado llamado *capital*.

«Está por despuntar un hermoso día del mes de setiembre.



Entre riscos y floresas, por Bong

Las ráfagas abrasadoras del estío van cediendo el campo á las frescas brisas del otoño, y la naturaleza entera parece que respira con más libertad al sentirse aliviada de los rayos que doraron las espigas y los racimos, que penden, como grupos de perlas, de los sarmientos de la vid.

Aprovechemos nosotros tan favorable temperatura para dirigirnos al bosque antes de que amanezca, á fin de sorprender al venado, verdadero señor de aquellos dominios, al volver á su cama después de haber estado campeando toda la noche.

Á lo largo de los senderos húmedos inmediatos á los



Los ciervos en febrero

cordones rústicos que forman setos y vallados, se ven las huellas del esbelto animal, huellas que atestiguan el sexo, la edad y hasta la fuerza material del ser que ha pasado por allí.

Ramas medio rotas ó torcidas revelan á los ojos del inteligente la altura de la cabeza y la corpulencia del venado, comprendiendo la dirección de la *via* que lleva en su paseo matutino.

Las señales á modo de raspaduras que presentan los troncos de algunos árboles son los sitios contra los que se frota los cuernos para desembarazarlos de la piel que los envuelve en época determinada del año.

Apenas sale de su cama el venado, modelo de precaución y de excesiva prudencia, tiene por costumbre explorar el terreno, subiéndose á una colina para tomar

vientos y asegurarse de si vendrán á interrumpirle en el curso de su selvática existencia.

Apostados en un sitio inmediato á cualquier altura, no es difícil verla de pronto convertida en pedestal de la silueta más majestuosa que pueda imaginarse.

Pocos espectáculos hay que impresionen tanto como la presencia del monarca de nuestros bosques con sus finísimas patas, que apenas pueden sostener el peso del cuerpo su lustrosa y leonada piel sus grandes ojos negros y su bellísima cabeza, coronada por la cornamenta, que le sirve de característico distintivo.

Cuando se contemplan sus graciosos contornos perfilándose en el horizonte y dominando el espacio iluminado por la naciente claridad del día, se le tomaría por una aparición fantástica nacida de los caprichos de un sueño.

Permanece algunos instantes en una especie de inmovilidad plástica, cual si tuviera conciencia del efecto que produce; interroga el paisaje con la vista, y, una vez seguro y tranquilo, ondula su cuello, aspira con fuerza las brisas matinales, cargadas con las puras emanaciones de las plantas, y todo su cuerpo se estremece de inefable delicia.

Luego inclina el hocico hasta tocar la aljofarada hierba, y lanza un bramido, sordo y penetrante á la vez, que repercuten los ecos alrededor, y que repiten á veces como toque de llamada ó como señal de antemano convenida.

Por último, da algunos saltos gigantescos, y, siempre cara al viento, desaparece por entre las más enmarañadas espesuras.

La pintoresca enramada que lleva el venado sobre la frente, cual emblema ó testimonio palpable de su naturaleza esencialmente forestal, desempeña un papel importantísimo en la vida del ciervo: es, por decirlo así, su preocupación constante, el único asunto de que se ocupa; preocupación bien noble por cierto, y asunto digno de sus cuidados, puesto que se trata nada menos que de su defensa y de su ornamento.

Un venado que en plena posesión de sus armas empuñaría veinte combates sangrientos y terribles para triunfar de los rivales que le disputaran el amor de su hembra, se convierte en un ser tímido y medroso á la caída de los cuernos; se relega solitario á los sitios más apartados del bosque para esperar allí, haciéndose olvidar, que la naturaleza le devuelva lo que constituye su fuerza, su prestigio y su belleza. Tal es la vergüenza que siente al verse desprovisto de su gallardo apéndice, que al decir de varios monteros, cuando oye el canto de una curruca ó el graznido de un cuervo,

cree, sin duda, que se mofan de él, y corre á ocultarse al abrigo de las primeras matas que encuentra.

Poco á poco se le *rehace la cabeza*, transformación que no pone fin á los sufrimientos del animal, porque durante dos meses permanecen los cuernos en una especie de envoltorio aterciopelado, sensible, donde la sangre circula de cierto modo, y que al chocar contra un árbol ó rama cualquiera produce al venado cruentos dolores.

Cuando dicho envoltorio pierde su vitalidad, se despiece por fragmentos, caídos los cuales el huésped eterno del bosque se dedica á bruñir y dar color á su cornamenta, buscando las plantas tintóreas más á propósito al efecto.

Una vez provisto de su nuevo adorno, vuelve al seno del mundo forestal, que había abandonado; las manadas se reconstituyen, formando un espectáculo patriarcal aquella apacible tribu, donde, bajo la protección común de los fuertes y los soberbios, viven descuidados los débiles y los humildes.

Si no amenaza ningún peligro, toda la manada se pone á rumiar alegremente, á apagar la sed en el aguadero más próximo, y á brincar y loquear bajo las bóvedas que forman las ramas entrelazadas de los árboles, ó en los claros que proyectan los accidentes de la espesura, hasta la época en que la naturaleza avisa que ha llegado el momento de pensar en la reproducción de la especie.

Los venados se disputan entonces encarnizadamente la posesión de las ciervas más hermosas. Por las noches se hiela la sangre en las venas del montero al oír de improviso el lúgubre bramido del macho, que llama encelado á su hembra. Óyese luego el choque de las cornamentas, produciendo un ruido semejante al que haría un grupo de leñadores tratando de arrojar al suelo el ramaje de robusta encina.

Las ciervas, entretanto, son espectadoras impasibles de la lucha, aguardando á que vaya á recoger el lauro el vencedor, sin conmoverse por los arroyos de sangre que tiñen la tierra, ni por ninguno de los dramáticos episodios del duelo.

Las hojas de los árboles parecen más sensibles que el corazón de la titánica cierva, porque, agitadas por la brisa, parece como que se lamentan y modulan un débil gemido, agitadas por las brisas de la noche.

El bosque ha sido en todos tiempos magnífico escenario en donde se verifican estos trágicos y amorosos sucesos, que arroban el alma del hombre que va allí á contemplarlos en toda la imponente grandeza de su augusta majestad.

Tomo III.—Caza mayor y menor

Son infinitas las astucias que el venado pone en juego para salvar su vida cuando ve próxima la avalancha de una jauría de perros lanzada contra él.

Este animal permanece de continuo bajo el imperio de un arraigado sentimiento de fidelidad hacia los parajes que frecuenta.

Su principal recurso consiste en no buscar ninguno y en correr siempre hacia adelante y en línea recta, porque de este modo anda 15 ó 20 leguas casi sin gran fatiga.

¿Quién es el montero que puede seguirle tan enorme distancia?

Las ciervas no son tan hurañas ni desconfiadas como sus altivos esposos.

Un color extraño, un objeto nuevo de cualquier clase que sea para ellas, el sonido de la esquila ó el canto de un leñador, las deja en suspenso y salen á las sendas y á las rústicas plazoletas del bosque á contemplar absortas lo que excita su femenina curiosidad.

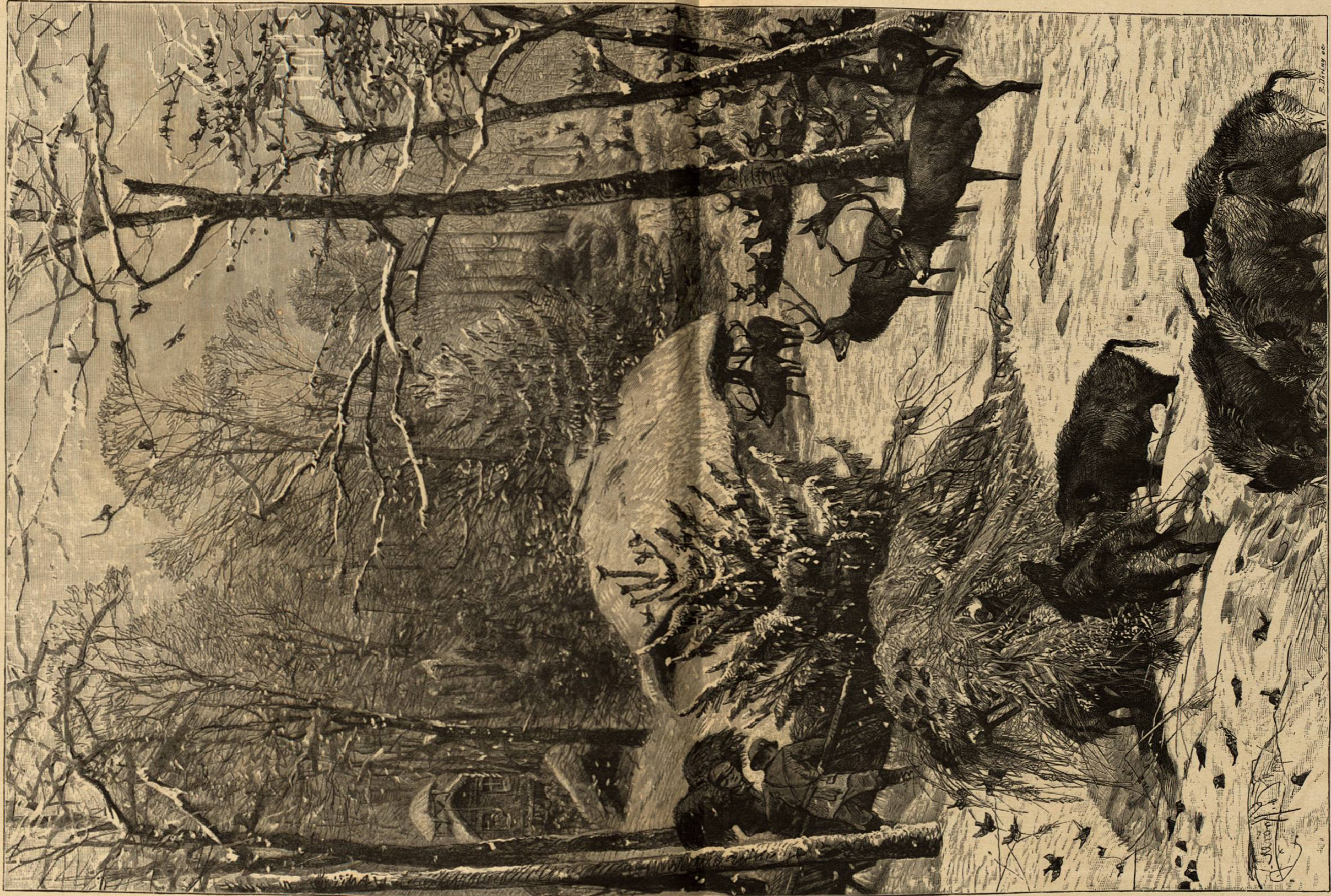
Pasada la impresión, se tienden sobre el césped, ó van seguidas de sus cervatillos á despuntar la hierba que crece á la sombra de los árboles, ó á comer los retoños que brotan en los troncos á la altura de su cabeza.

¡Plácidas escenas, que no pueden reproducirse fielmente! ¡Bellísimo cuadro animado, que tiene por marco suntuoso la verde brillantez del bosque, esa verdadera joya engarzada por la mano de Dios en el oro inapreciable de la tierra!

Los antiguos venadores llamaban *venado* indistintamente á los osos, puercos, ciervos y gamos. El que era á propósito para la caza, es decir, el que era adulto é iba cargado de saín, se denominaba *buen venado*, y el que por su tamaño y paso se distinguía de todos los demás se conocía con el nombre de *venado capital*.

En la edad media existía mucha caza mayor, en razón á que había grandes bosques, menos población rural, y á que el derecho de caza estaba limitado á los grandes señores, que con mucho celo velaban para que ningún mortal practicase la caza en sus dominios. Estas causas hacían que por entonces recorriesen los montes y los bosques muchas reses que se denominaban capitales, y entre ellas había ciervos que, por lo menos, habían de tener diez y ocho candiles en la cornamenta, y un peso de 20 arrobas, en los meses de junio, julio, agosto y setiembre.

El venado capital cuya cornamenta existe en el palacio de caza de Moritzburg, propiedad del Rey de Sajonia, pesó 8 quintales y 25 libras; la cornamenta solamente pesa 32 libras, y tiene veinticuatro candiles.



PARQUE DE CIERVOS Y JABALIES, POR KRÖNER